



# El futuro de la democracia en Europa

Lafontaine se ha ido y ha demostrado que la Tercera Vía es un espejismo

TONI COMÍN

Érase la historia de Blair, Giddens y demás predicadores de la Tercera Vía, que iban por Europa decretando el fin de la división entre izquierda y derecha, cuando de repente la realidad política del continente se les cayó encima y el espejo en el que se miraban se rompió. La dimisión repentina del ministro de Hacienda alemán, Oskar Lafontaine, ha convertido la Tercera Vía en un espejismo, porque ha demostrado no sólo que en Europa occidental hay diferencias irreconciliables entre derecha e izquierda, sino que la lucha política entre los que encarnan la una y los que encarnan la otra es bastante más mortal de lo que a estas alturas estábamos acostumbrados.

Quizás habrá llegado el “fin de las ideologías”, pero parece que el presidente de una de las grandes compañías alemanas no se dio por enterado cuando hace unos pocos meses le dio por llamar al canciller Gerhard Schröder y amenazarle con sacar la empresa fuera del país si permitía que Lafontaine llevara adelante su política económica. En realidad, ya teníamos precedentes de tamaña sensibilidad democrática del capital europeo: ya en Francia la patronal se puso cual gato panza arriba contra Martine Aubry cuando ésta venció la batalla en favor de las 35 horas. Norman Birnbaum, el profesor norteamericano, define lo que ha hecho el capital alemán contra Lafontaine como “el equivalente económico de una guerra civil(...) Rara vez –dice– un político importante de una democracia ha sido blanco de un ataque tan concertado como Lafontaine”. ¿A qué viene tanta beligerancia? Hemos recuperado con claridad meridiana la fractura entre la izquierda y la derecha.

En Alemania, durante veinte años de gobierno conservador, los bancos y las grandes empresas habían marcado el paso de la política económica. Los fracasados intentos keynesianos del primer gobierno Mitterrand, a principios de los ochenta, habían significado el canto de cisne de las políticas socialdemócratas y el inicio de veinte años de plomo. En Alemania, bajo el manto democristiano, se hizo durante dos décadas una política neoliberal. Y siendo el país central de la UE, las políticas de Kohl habían determinado el sesgo derechista en las políticas económicas del resto de países del área.

Por esto, la llegada de Lafontaine al frente de la economía alemana era una revolución mayor de la que parecía. Hace

dos años publicó junto con su esposa un libro titulado *No hay que temer la globalización: bienestar y trabajo para todos*, (editorial Biblioteca Nueva) recientemente traducido al castellano. Este texto es el compendio de lo que significa una “política económica de izquierdas” para los países de Europa occidental en el actual contexto sociopolítico y económico mundial. En él, demuestra que aquella política socialdemócrata que no se pudo ejecutar a nivel nacional ahora es realizable a nivel europeo, si toda la UE la hace coordinadamente. El grado de integración económica en la UE permite la recuperación del keynesianismo a escala comunitaria, siempre que para ello haya voluntad política.

## CRECIMIENTO Y PARO

Las políticas económicas de derechas, en Europa, no habían producido ninguno de sus objetivos oficiales –fomentar el crecimiento y acabar con el paro– pero duraron y duraron porque conseguían sus objetivos reales: el enri-

### La lección de la dimisión de Lafontaine es que también en Europa las políticas económicas están secuestradas por el capital

quecimiento de los ricos a costa de lo que fuera. El crecimiento en Europa en las últimas décadas ha sido débil y el paro ha crecido. Y el paro, como sabemos, es la principal causa de desigualdad y de marginación social. Enfrente de esto, Lafontaine, en su libro, que era un anticipo de la política que pensaba hacer desde el gobierno, propone cosas muy distintas. a) La globalización, dice, no obliga a dismantelar el Estado del Bienestar ni a recortar el gasto social en absoluto. Decir esto es casi pura propaganda al más viejo estilo. En realidad, la economía europea está regionalizada más que mundializada, por lo que el bajo gasto social del Tercer Mundo no afecta a los países europeo-occidentales, porque no compiten con él sino entre ellos mismos, todos con un nivel de gasto social similar. En fin, la reducción de gastos sociales no mejora la competitividad, sino que a largo plazo la debilita.

Por todo ello hay que evitar caer en la trampa de una carrera fiscal a la baja en

Europa –a ver qué país pone unos costes fiscales más bajos para las empresas– en la que salen perdiendo las poblaciones de todos los países y sólo ganan los accionistas de las empresas. Hay, pues, que avanzar hacia la armonización fiscal en la UE. Esto supone avanzar hacia la creación de un gobierno económico en Europa que compense el poder omnímodo del Banco Central Europeo –que tanto se alegró de la salida de Lafontaine– y que sólo representa a los intereses de los banqueros y el capital.

b) La revolución tecnológica, explica, arroja la gente al paro. Para evitarlo sólo hay dos soluciones, que se complementan: la reducción progresiva de la jornada laboral y una política de salarios no de moderación, sino de incremento salarial acompasado al crecimiento de la productividad. Pero estas dos propuestas para algunos empresarios parecen el “anticristo”. El objetivo de la política económica, dice Lafontaine, tiene y puede ser el pleno empleo. Para lograrlo, hay que hacer una reforma fiscal redistributiva que llene los bolsillos de los menos ricos, que es la única manera de fomentar el crecimiento económico –y el crecimiento en Europa, en contra de lo que se dice, es intensivo en creación de empleo–.

Hay que acabar pues con las “contrarreformas” fiscales de Kohl que redistribuían de abajo hacia arriba y que no sirven para fortalecer la economía, como pretenden los neoliberales, sino para debilitarla. Es falso que los bajos impuestos a las empresas –es decir, los altos beneficios– aseguren una mayor inversión y la creación de puestos de trabajo. La única manera de crecer es asegurar la redistribución de arriba hacia abajo.

Por todos estos motivos, la llegada de Lafontaine suponía una “pequeña revolución”, mucho mayor de lo que era previsible, aunque la opinión pública pareció no darse cuenta. Quizás hizo bien, curada como está de espantos, en no hacerse muchas ilusiones y mantenerse en su triste y habitual escepticismo. Pero quien sí vio la que se avecinaba fue el capital alemán, que decidió, simple y llanamente, pulirse al ministro. ¿Cómo iba a permitir el capital, después de veinte años decidiendo la política económica, que ahora la dirigiera un político elegido en las urnas? La lección de la dimisión de Lafontaine es obvia: en Europa no hay democracia y las políticas económicas, que es donde se bate la lucha por la igualdad, están secuestradas por el capital. Malos augurios para Europa y para la democracia. Como ha dicho Birnbaum, es “una gran derrota para la idea de una Unión Europea democrática en la práctica, eficaz en la economía y socialmente justa”. Al menos, nos queda el libro, y sabemos qué es lo que hay que hacer. □